

Recibido: Octubre 17 de 2009
Aceptado: Septiembre 16 de 2011

Las infancias que nos habitan



Marcelo Viñar
Asociación Psicoanalítica de Uruguay

ABSTRACT

The concept of childhood is considered as a continual construction in human beings. From a structuralist perspective, the author considers the notions of circular causality, kaleidoscopic time, re-signification (from an initial state of ambiguity), indeterminate spaces... In other words: childhood is built upon a blurred and equivocal, opaque and incomplete founding past which, throughout the psychoanalytic process, helps discover new extremely vivid islets which are disconnected from the associative chains, and which, in turn, bring up new anxieties that appear through life and which allow us to speak of the different childhoods that inhabit man. Complexity is what constitutes and configures the singularity of the human being.

The specific perspective of psychoanalysis demands the distinction between the childhood that is recreated in the spontaneous introspective gesture of mental life, and the childhood recreated within the psychoanalytic

RESUMEN

Considera la infancia como una construcción continua del ser humano. Ubicado en una posición estructuralista se plantea desde una causalidad circular, un tiempo caleidoscópico, una idea de resignificación a partir de una ambigüedad de base, espacios de indeterminación... es decir, la infancia se construye sobre un pasado fundador borroso y equívoco, opaco e incompleto, que a lo largo de un proceso psicoanalítico va descubriendo nuevos islotes hipernítidos, desconectados de las cadenas asociativas, que plantean nuevas ansiedades que interrogan a lo largo de la vida y permiten hablar de diferentes infancias que habitan al hombre. Es la complejidad lo que constituye y configura la singularidad del humano.

La mirada específica del psicoanálisis exige diferenciar la infancia que se recrea en el gesto introspectivo espontáneo de la vida psíquica de la que se recrea en el proceso psicoanalítico que trabaja con los impasses de lo infantil.

process, which works with the impasses of the infantile.

Following the ideas of Lewkowicz, three different forms of historicization are presented: the deterministic historicization, the ontology of the present, and the historicizing operation, which permits to display and explore possible links between a founding past and a 'burning' present.

Se plantean siguiendo a Lewkowicz tres formas posibles de historizar: el modo determinista, la ontología del presente y la operación historiadora que permite desplegar y explorar nexos posibles entre un pasado fundador y un presente candente.

DESCRIPTORES: SIGNIFICANTE INFANCIA - INFANCIAS - IMPASSES DE LO INFANTIL - OPERACIÓN HISTORIADORA

Las infancias que nos habitan

Cuando se me comunica el tema: *La infancia a lo largo de la vida* mi primera sorpresa, vivida como intenso asombro conmigo mismo, fue darme cuenta de que hace 20 ó 30 años hubiese encarado el tema de manera muy distinta de la forma en que lo pienso en la actualidad. No sólo porque estoy más viejo —sólo dios sabe si más sabio— hecho que sin duda modifica la mirada, sino sobre todo porque han cambiado las reglas y los códigos para deconstruir o construir el significante *infancia*. O, más “en criollo”, se nos presenta el interrogante acerca de ¿dónde y cómo se anuda la pregunta sobre si la infancia es lo que es, o si al mirarla y pensarla, la construimos? Antaño me hubiera aferrado a lo primero. Hoy subrayo que las construimos marcadas a fuego por las angustias o emociones del presente.

Hace unas décadas hubiera estado más prisionero de la creencia —que hoy calificaría de *realismo* o *naturalismo ingenuo*— de que en alguna parte de nosotros mismos habría un archivo —o pizarra mágica— que podría ser desempolvada y escrutada (con sagacidad o torpeza), venciendo recuerdos encubridores y des-cubriendo realidades más veraces. En el momento actual pienso que esa flecha hacia un pasado fundador y determinante recupera un tiempo más borroso y equívoco aunque algunas cuestiones y algunos hechos se reiteren y parezcan invariantes.

Además es crucial definir desde qué atalaya se mira la infancia. Es distinto si la piensa el médico, el docente, el puericultor, o el deportólogo, con criterios y valoraciones de desarrollo evolutivo, que si la mira el estadista o el

militar con el propósito de buscar los orígenes o comienzos del patriotismo para consolidar un nacionalismo (potencial o realmente xenófobo); o si lo hace el historiador o el cientista social, antropólogo de lo contemporáneo, analizando los mismos parámetros pero con finalidades éticas o teleologías diferentes a los militares, no ya la de producir nacionalismo sino de crear y de bordar con hilo fino, los perfiles culturales propios de una comunidad humana. Y dentro de este vasto arco iris de miradas, ¿cuál será la relevante para el psicoanálisis o para el psicoanalista? ¿Qué es lo que la especifica?

El título: *Las infancias a lo largo de la vida*, nos sugiere entonces dos caminos divergentes. Ésta disimilitud que paso a señalar no es una distinción jerárquica pero marca una heterogeneidad, aunque ambas posiciones pueden alternarse o complementarse. Entiendo que frente a esta pregunta cabe la diferenciación neta entre: a) la infancia que recreamos y creamos de manera perpetua en el gesto introspectivo que acompaña el movimiento metafórico-metonímico espontáneo de la vida anímica, y b) el rigor de un trabajo analítico —de un proceso psicoanalítico— donde de manera metódica se procura localizar el malestar, la repetición, las fijaciones o la compulsión de repetición, de aquello que por su insistencia se estanca como síntoma, y se lo intenta abrir al trabajo elaborativo y a la resignificación. *Lo infantil* es la estructura que organiza los cuentos de infancia. Diría —esquemmatizando— que el juego introspectivo recorre cuentos de infancia, felices o penosos, y que el proceso psicoanalítico trabaja con los impasses de lo infantil.

Como decía, hace unas décadas hubiera dado prioridad a la idea de que la infancia podía observarse como un objeto reificable, como un objeto natural, capturado por la creencia de que había algún referente prediscursivo, alguna roca originaria que daría apoyatura material a nuestras fantasías y ficciones. Claro está, todo esto en el surco de la metáfora arqueológica que nos vendía Sigmund Freud, de la vanguardia kleiniana de las relaciones primarias de objeto, de los objetos arcaicos, y con el dogma de Paula Heimann sobre el principio de continuidad genética, (aquello de que cuanto más arcaico o antiguo más determinante). Con este racimo de ideas creíamos tener una visión empírica de la ontogénesis del sujeto humano, del psiquismo humano, y tratábamos de ponerla en paralelo con los criterios y lógicas de la psicología evolutiva. Con ello buscábamos alinear el psicoanálisis a los métodos y determinismos de las ciencias de la naturaleza. Hoy pienso que las ciencias humanas, las ciencias del sujeto, cuyo referente es intradiscursivo, tienen lógicas específicas que son diferentes a aquellas ciencias de la naturaleza.

Si repensamos en qué puede consistir la roca originaria, sea por ejemplo el género, o la morfología del cuerpo –aquello de que “la anatomía es el destino”–, o el nombre propio y la querencia, la lengua, la cultura local y de los progenitores..., estos referentes y otros que me olvido, todos son anclajes fijos para cada individuo que funcionan como zócalo o cimiento de su singularidad: esa parcela mínima del alma individual que se recorta más tarde de las almas colectivas, como afirmaba Freud en *Psicología de las masas*. Pero esto no es objeto del psicoanálisis, sí de la antropología. En cambio, es a partir de ese zócalo que el psicoanálisis buscará la singularidad de los procesos pulsionales e identificatorios, aquello que alguna vez llamamos desarrollo psicosexual. Con la misma arcilla, cada artesano modelará piezas que signan su estilo; con la misma roca de origen, construimos mitos, novelas y destinos de diferente textura y calaña.

* * *

A partir del largo trabajo freudiano entre la teoría de la seducción y la teoría de las fantasías originarias, tanto el estatuto del *acontecimiento* como la noción de *trauma* se vuelven problemáticos, como asimismo el horizonte de lo que llamamos *arcaico* y de lo que llamamos *originario*. ¿Y me pregunto, qué se marca en el tiempo in-fans? Entiendo que la noción de *desarrollo* ha basculado y se complejiza con la noción de *estructura*, más apta a admitir una *causalidad circular* y a escoger la noción de *re-significación*. El tiempo madurativo de la biología nos distrae del tiempo caleidoscópico de la mente. El primero es un tiempo lineal, retroanterógrado, secuencial, la temporalidad de la mente en la libre asociación o en el vagabundeo introspectivo no tiene esa secuencia ni esa precisión. Además, el carácter a veces equívoco o ambiguo entre lo ocurrido y lo imaginado, entre su dimensión de acontecimiento biográfico y de acontecimiento fantasmático, o en otros términos, la falta de proporcionalidad o de correspondencia entre el acto material y el acto psíquico, organizan a partir de estas dos variables una ecuación que nos pregunta: ¿pondremos el énfasis en la magnitud o reiteración del trauma, o lo pondremos en la diversidad de reacciones de los sujetos a estímulos de análoga cualidad e intensidad? De consiguiente las pautas que sentencian qué es realidad y qué es ficción se vuelven equívocas. La dicotomía llana entre realidad y fantasía se torna insuficiente y simplificadora, es su complejidad lo que constituye y configura la singularidad de un sujeto. Es allí donde su curiosidad –para usar el concepto brújula que nos propone Eduardo Issaharoff–, o donde su

epistemofilia lo lleva a subrayar algunos significados y a atenuar o suprimir otros, siempre dentro de los códigos de su comunidad interpretativa. No hay hechos puros sin una interpretación que los albergue, que los decodifique. A cada realidad fáctica, le sobreponemos las ficciones que delatan lo singular de nuestra sensibilidad. Es esta diversidad de lecturas e interpretaciones de sentido lo que construye la riqueza y la penuria de la diversidad humana.

Ocurre además que, en la aurora o la penumbra de los primeros recuerdos concientes, en aquello de la primera infancia que no sucumbió a lo que llamamos amnesia infantil, aquello que quedó bajo la forma de islotes hipernítidos desconectados de las cadenas asociativas ordinarias, en ese escenario en el que ocurre el shock sexual primario, ¿cómo y dónde delimitar la frontera entre lo acontecido o padecido y lo imaginado o anhelado? Es allí donde las fronteras entre lo que llamamos realidad y lo que llamamos ficción son más borrosas y más equívocas. Pienso que el psicoanálisis debe asumir esa ambigüedad como fundante, y que es inútil o estéril empeñarse en dilucidarla. No se trata del duelo por una objetividad inalcanzable –como es el ideal en ciencias de la naturaleza– sino del reconocimiento de que en nuestra exploración, la opacidad y la incompletad –el enigma constitutivo de lo real– es una pieza central del juego. Y esta indeterminación no ilegítima al psicoanálisis. Por eso mi pelea con la investigación empírica que busca un fetiche a esa falta.

Y este no es asunto de curiosidad arqueológica. El shock sexual primario y los otros traumas y crueldades, padecidas o cometidas, o gozadas en la primera infancia, nos acompañan durante toda la vida, a veces en silencio, y otras veces irrumpen con estridencia y desde su penumbra nos interpelan, nos interrogan sobre nuestros límites como sujeto racional.

Nos interrogan desde el zócalo de pensamiento mágico o animista que habita al sujeto discursivo, siempre apto y ávido para la introspección, en el tramitar de esa respuesta imposible al ¿quién soy? Recordemos que en la ficción freudiana de los orígenes del sujeto psíquico, la alucinación es anterior al pensamiento. Somos seres contruidos sobre un fondo psicótico: la experiencia universal de la pesadilla y del enamoramiento –de cualquier enamoramiento, el carnal o el del ideal–, nos lo recuerda de tanto en vez. Con alguna perplejidad, en los límites del sujeto discursivo y en los cambios inesperados del texto de la novela familiar, que periódicamente se reformula.

Quiero afirmar que no estamos contruidos o habitados por una sola infancia, aquella que vivimos o creímos vivir, sino por varias infancias. Tam-

¹ N.de E: neologismo del autor a partir de *repaire*: guarida, punto de referencia

bién estamos habitados por aquella infancia que anhelamos y no logramos construir, y por la infancia que temimos y no logramos habitar. Paisajes idílicos y paisajes catastróficos de los que jamás nos desembarazamos. No existe sólo una, la infancia vivida, con recuerdos y reperes¹ localizables, sino la reformulación constante de un horizonte de los comienzos, de un aleph de los orígenes, como cimiento enigmático de la novela que nos contamos de nosotros mismos y de nuestro entorno humano. No es ni un cuento único ni es un cuento infinito. Las infancias que nos habitan o que nos asedian son varias, pero en número limitado.

* * *

Hace años que integro un grupo de trabajo, o de estudio, o de investigación, con Historiadores de la Mentalidad. Es una orilla del psicoanálisis que me llama y me atrae más que la de la biología y de las neurociencias, que no dudo que importan, siempre que no pretendan apropiarse de la prioridad o exclusividad de los fundamentos –cosa que a menudo ocurre–.

¿Cuál será el centro de gravedad de nuestra disciplina que nació en la hendidura de naturaleza y cultura? La pulsión nace en el cuerpo y busca el mundo, la calesita es perpetua...

Uno de los andariveles que recorrimos y recorreremos con los historiadores consiste en pensar las maneras de procesar y conceptualizar nuestra relación con el pasado. ¿Cómo se vuelve inteligible en el presente un relato sobre el pasado? ¿Cuál es su revelación de sentido? Antaño creímos, historiadores y psicoanalistas, que podríamos reapropiarnos del pasado que fue, tal como fue. Utilizando palabras de Barrán: “[...] con la afirmación de que el devenir tenía un sentido inevitable, y que ese sentido era siempre inteligible y poseía una lógica y una transparencia que el investigador debía descubrir pues se postulaba su existencia aún antes de que se la percibiera” (Barrán, 2010 p. 182). Hoy miramos de un modo menos determinista, damos más espacio a la indeterminación y a la diversidad de desenlaces, y menos a la pretensión de considerar una predictibilidad inevitable. La diferencia de enfoque gnoseológico es radical, antes buscábamos las permanencias y su explicación, hoy estamos más atentos a la variación y a los algoritmos de los cambios. Más que explicar buscamos ir entendiendo la secuencia.

¹ N.de E: neologismo del autor a partir de *repairs*: guardada, punto de referencia

Ignacio Lewcowicz nos enseñaba lo que esquematizo a continuación. Existen tres maneras de historizar, o memorizar, si llamamos marca 1 al pasado fundante y marca 2 a la comprensión de lo actual.

- El **modo determinista** en que lo actual, que llamamos marca 2, recibe el despliegue y la actualización de aquello que ya estaba contenido virtualmente en la marca 1, pasado fundador. Todo es sucesión.

- En el extremo opuesto está lo que él llama **ontología del presente**, o inmediatez del tiempo posmoderno, lo actual no tiene que ver con el pasado, la marca 2 no tiene relación con la marca 1. El presente no guarda relación con lo fundador; todo es sustitución.

- En la tercera alternativa, que él llama **operación historiadora**, la marca de lo actual incluye y altera a la marca 1, o pasado fundante. El presente no elimina ni repite al pasado fundador, sino que lo transforma y altera. La operación de conocimiento consiste en establecer puentes de comprensión entre ambos polos. Comprensión que es axiomáticamente parcial o fragmentaria. La exploración de la infancia no apunta a establecer nexos causales y explicativos o predictibilidades, sino a desplegar y explorar nexos posibles entre un pasado fundador y un presente candente (o quemante).

Cuando pensamos la infancia como una entidad en sí —objeto reificable, prediscursivo— el afán será reconstruir o figurar en una temporalidad anterógrada el desarrollo madurativo, en consonancia con el tiempo cósmico o biológico. Cuando la pensamos como un horizonte signifiante en perpetua resignificación, la temporalidad experimentada será circular o caleidoscópica, donde la relación entre el antes y el después no será cronológica sino lógica, en una secuencia causal como la que sugiere la carta 52 donde alternan la obstinación de la repetición con el desbloqueo de esta transferencia, y su apertura a las transformaciones de la perlaboración.

* * *

¿Será que entiendo así lo infantil porque anhelo pensarme como un adolescente perpetuo y deleitarme en sufrir de los excesos y desmesuras de esa etapa de la vida, donde se toca el cielo con las manos y todo tiene el sabor de la primera vez? Pero me atrevo a testimoniar, no como hábil declarante sino como testigo veraz, que mis infancias han sido y siguen siendo, —hoy, viejo, pelado y arrugado— interlocutores permanentes de mis alegrías y pesares cotidianos y de mis anhelos y esperanzas de futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrán, J.P. (2007). La historia como hazaña por la libertad. Discurso pronunciado al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de la República (Uruguay), el 12/04/2007. En Varios autores (2010) *Barrán, Epílogos y Legados*. Montevideo. Editorial Banda Oriental.
- Freud, S. (1896). Carta 52. En *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-1899]). Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores, t.1.
- Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y Análisis del Yo*. Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu Editores, t.1.